

# HISTORIA

DE LA

## Revolucion Hispano-Americana:

*Por D. Mariano Corrente,*

AUTOR DE LA GEOGRAFIA UNIVERSAL.

---

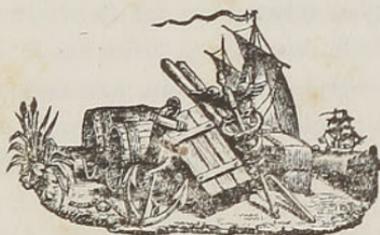
---

Quand l'histoire serait inutile aux autres hommes, il faudrait la faire lire aux Princes. Il n'y a pas de meilleur moyen de leur découvrir ce que peuvent les passions et les intérêts, les tems et les conjectures, les bons et les mauvais conseils.

BOSSET, *Avant propos à l'Hist. univ.*

---

---



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE D. LEON AMARITA.

1829.

## CAPITULO XVI.

## NUEVA GRANADA Y QUITO: 1811.

*Reunion del congreso de Santa Fé. Discusiones preliminares. Comunicaciones con los disidentes de Venezuela, i perniciosas doctrinas propaladas por éstos. Mayor cordura de los habitantes de Santa Fé, á cuyo estado fue dado por los revoltosos el nombre de Cundinamarca. Pacto federal de 27 de noviembre. Retirada del general Tacón á Pasto. Accion de Izcuandé, que obligó á dicho Tacón á abandonar las provincias internas. Proyectos de federalismo. Demision de la presidencia de don Tadeo Lozano, i eleccion de Nariño para este destino. Disensiones de las provincias. Ambigüos manejos de Bejarano en la capital de Quito. Favorable resultado de sus negociaciones con el coronel Arredondo i retirada de éste del punto de Huaranda. Su ocupacion por las tropas rebeldes, i su entrada triunfal en Quito con algunos efectos de que se habian apoderado. Padecimientos i servicios de don Simon Saenz de Vergara i familia. Malogro de las negociaciones pacíficas entabladas por el presidente Molina contra aquellos disidentes. Expedicion de éstos contra Cuenca, de cuya provincia fueron rechazados. Ataques dados á la provincia de Pasto. Toma de esta ciudad por los insurgentes, su evacuacion, i derrota sucesiva en la segunda expedicion.*

**H**abiendo principiado ya las sesiones el congreso de Santa Fé, reunido en el mes de diciembre del año anterior, opinaron algunos diputados porque se admitiese en su seno á

los representantes de aquellos departamentos que se habian decidido por formar provincias separadas; pero otros se opusieron á esta medida alegando las fatales consecuencias que podria tener aquella condescendencia, que era una especie de sancion de las innovaciones que ellos mismos condenaban, i haciendo ver el inminente riesgo de que se encendiese una guerra civil, ó á lo menos de que se entorpeciese la accion del gobierno.

Don Tadeo Lozano, presidente del estado, que ya á este tiempo habia tomado el nombre de Cundinamarca, comunicó al gobierno de Venezuela en 10 de mayo de 1811 la instalacion de su congreso; pero los facciosos venezolanos, si bien aplaudieron el celo de los regeneradores de Santa Fé, les mostraron su desagrado « porque á imitacion de ellos no hubieran » sacudido totalmente la dependencia de la metrópoli, esforzándose en persuadirles de que no podian contar con una » paz sólida i estable mientras que se mantuviesen, segun habian proclamado, sumisos al monarca español; i añadiendo » que aunque su acatamiento á aquel soberano no fuera cordial, i si efecto de la política, por no chocar de frente con » la envejecida costumbre de quemar incienso á un ídolo desconocido, convenia á todo trance quitarse la máscara, i encaminar al pueblo desde el principio por la senda de la verdadera independencia. »

Los reformadores de Venezuela ignoraban seguramente el gran prestigio que todavía conservaba el trono de los Borbones sobre aquellos paises; pero los de Santa Fé que tenian bien sondeado el ánimo de sus paisanos, se guardaron muy bien de revelar ni aun remotamente tal idea, la que indudablemente habria arrojado por tierra el edificio insurreccional.

Esperaron pues con mas prevision i detenida calma que el tiempo mismo fuese preparando la opinion para dar aquel atrevido paso; i en el entretanto se ocuparon en su arreglo administrativo, i en el modo de constituirse, en cuyos debates i acaloradas discusiones se pasó todo el año 1811. Los representantes de Pamplona, Tunja, Neiva, Cartagena i An-

tioquía ajustaron en 27 de noviembre un pacto federal, según el cual debían ejercer las provincias el poder absoluto de su administración interior i confiar al congreso la dirección de los negocios generales. Estas contiendas domésticas dieron algunas treguas á las armas de los realistas en las provincias del oeste.

El fiel Tacón se había retirado á la de Pasto después de la derrota de Palacé; i no pudiendo organizar un ejército para oponerse á las tropas de Santa Fé, aunque desplegó la mayor energía i decisión en obsequio de la buena causa, fue batido por Baraya en Izcuané en 21 de noviembre, i se vió precisado á retirarse á la costa cerca del puerto de San Buenaventura, á donde llegó con 25 hombres de escolta precedido por 700 pesos que en pastas de oro i plata había podido salvar de la rapacidad de los insurgentes. El citado Lozano, presidente de Cundinamarca, propuso dividir el territorio en cuatro departamentos, i reunirse al gobierno federal, figurándose que por este medio se allanarían todas las dificultades en que tropiezan generalmente los nuevos estados para constituirse sólidamente. Cartagena se opuso á este proyecto, así como el congreso titulado de Nueva Granada, que se congregó en la ciudad de Ibarra.

Disgustado Lozano de ver tantas contrariedades como se presentaban á sus favoritos planes, hizo demisión de su destino, en el que fue reemplazado por el antiguo revolucionario Nariño. Este propuso otro plan de constitucion que fue adoptado por las provincias de Mariquita, Neiva i Socorro; i aun la de Tunja iba á acceder á él cuando un destacamento mandado por el ya mencionado Baraya la hizo desistir en favor del congreso, que pasó á fijar allí su residencia.

Este movimiento, que chocó abiertamente con varias de las provincias, dividió enteramente la opinion, agrió los ánimos de los directores de aquellos planes, sembró entre ellos el descontento i la desconfianza, i fue causa de que estallase una guerra civil entre los congresistas i partidarios de Nariño á principios de 1812, de la que se tratará á su debido tiempo.

La provincia de Santa Marta se preparaba por su parte á rechazar los ataques que proyectaban los cartageneros desde el pueblo de la Barranquilla, á cuyo fin habian introducido fuerzas sutiles por las bocas del rio grande de la Magdalena. Entre los fieles realistas de que no escaseaba la referida ciudad de Santa Marta se distinguia el negociante don Vicente Puyals, teniente á aquella sazón del batallón de patriotas leales á Fernando VII: convenia saber con seguridad i precision el número de los enemigos que habia que combatir i los demas pormenores relativos á la invasion que acaba de mencionarse; Puyals se encargó de esta espinosa comision, fingiendo pasar á dicho punto de Barranquilla con el objeto de comprar algodones, lo que verificó á fines de junio. Apenas se habia este ausentado cuando la faccion de Munive trató de apoderarse de la fortaleza de Santa Bárbara que estaba guarnecida por el referido cuerpo de patriotas. Se dispuso á este efecto un gran movimiento popular, i se pidió al gobernador con la mayor algazara i confusion la entrega de dicha fortaleza, pretestando que el cuerpo antiguo de milicias estaba desairado al ver que se confiaba al mas moderno la defensa de aquel punto importante.

Si bien se calmó por entonces el alboroto con algunas forzadas promesas que hubo de hacerles el gobernador Acosta, se repitió al dia siguiente bajo auspicios mas peligrosos pues que una parte del mismo ayuntamiento contaminado ya con el fuego de la sedicion se interesó para el logro de la gracia que solicitaban los amotinados. Se vió por lo tanto precisado el gobernador á dar la órden que solicitaban; al presentarla al capitan don Vicente Moré, que hacia de comandante de dicho cuerpo, la resistió con el mayor teson. Ya no quedaba á los facciosos mas recurso para salir con sus intentos que el de tomar hostilmente la demanda; así pues determinaron no dejar pasar víveres para dicha fortaleza. El gobernador, que hubo de contemporizar con los revoltosos mientras que estaba á discrecion de ellos, ofreció ir en persona á la referida fortificacion para hacer respetar la órden que habia da-

do acerca de su entrega; mas apenas se halló dentro de su recinto, cuando desplegando un nuevo carácter de vigor i energía introdujo el mayor terror en los revoltosos, i obligó á ponerse en fuga á los principales campeones, entre los que fue de los mas activos en refugiarse en Cartagena el famoso Remigio Marquez, que por sus brillantes fechorías revolucionarias fue nombrado en el acto capitán de aquel puerto.

Habiendo regresado en el dia 27 del mismo junio, que fue dos dias despues de su salida, el referido Puyals, trajo noticias tan detalladas de los preparativos hostiles del gobierno de Cartagena, que fue preciso celebrar sin pérdida de tiempo una junta militar, en la que se declaró abiertamente la guerra. Entre algunos emigrados realistas que habian buscado un asilo en Santa Marta, se hallaba el teniente coronel don Pedro Dominguez fugado de Santa Fé, á quien se habia confiado el mando del importante fuerte del Morro; i como á los pocos dias se hubiera aproximado un tal Bravo, yerno de Munive, con tropas de Cartagena, i hubiera ocupado ya el pueblo de Guaimano, nombró el gobernador Acosta á dicho Dominguez para que saliera á desalojarlo con 300 hombres.

A la inteligencia i decision de este comandante, se debió la derrota del citado Bravo; en cuyo ilustre triunfo tuvo asimismo una parte mui interesante el ya citado Puyals, ofreciendo generosamente sus ausilios pecuniarios, sin los cuales no habria podido moverse aquella columna. Alentado Acosta con esta ventaja aprestó cuatro corsarios para que cruzasen sobre las costas de Cartagena i se apoderasen de la fortaleza del Sapote. De este modo pudo conservar su tranquilidad el interior de la provincia, escepto Ocaña i sus cercanías que sufrieron algunos embates por los insurgentes del reino i de Mompox, villa situada en una isla del rio Magdalena perteneciente á Cartagena, que fueron reprimidos por el cuerpo llamado de colorados que se formó en aquella ciudad.

Seguia Bejarano en Quito manejando todos los resortes de la intriga, aparentando su adhesion á la causa de los in-

surgentes en tanto que salvaba á Villalba de los peligros que le rodeaban , dando al brigadier Arredondo oportunos avisos para que evacuase el sitio de Huaranda. Con este fin pasó dos veces desde la villa de Riobamba , donde estaba acampado Montufar i su ejército rebelde á conferenciar con el citado Arredondo ; i si bien al principio se resistió éste á tamaños consejos, llegó por fin á convencerse de la imposibilidad de sostenerse en aquel aislamiento , si daba lugar á que la próxima estacion de las aguas le cerrase la cordillera. Influó asimismo en el ánimo de Arredondo para tomar esta resolucion la circunstancia de ser impracticable su comunicacion con el gobernador de Cuenca, con quien habia contado desde el principio para todas sus operaciones.

Llevado pues de su celo por salvar el honor de sus armas, abandonó dicha importante posicion de Huaranda , de la que se posesionaron inmediatamente los revoltosos con gran sorpresa de la misma poblacion al ver que las pocas tropas sin orden ni disciplina que se dirigieron á aquel punto pudieran profanar unos sitios que acababan de ser guarnecidos por unos soldados tan valientes i esforzados. No fue menos sensible que aquella fuerza insubordinada se apoderase de una considerable porcion de efectos que no habian podido salvarse en el momento de la retirada. Pertenecian estos en gran parte á don Simon Saenz de Vergara , noble i virtuoso español , establecido en Quito , quien desde el principio de la revolucion se habia consagrado con toda su familia á la defensa de la causa del Rei. Cuando fueron introducidas aquellas cargas, que consistian en metales por el valor de 400 duros, las presentaron al público como trofeos de una brillante victoria, fraguada en su delirante imaginacion. Al mismo tiempo que se procedió á la venta de estos efectos , se verificaba la de los demas bienes de dicho benemérito español , cuya pérdida total se graduó de 150 á 200 pesos, con los que salieron de los grandes apuros en que se hallaban envueltos los insurgentes, i dieron mayor impulso á su ilegítima causa.

No deberá parecer extraño que nos detengamos á referir hechos privados, cuando estos tienen una relacion tan íntima con los públicos, i cuando aun sin esta poderosa consideracion seria inexcusable quien al describir los sucesos mas importantes que han marcado aquella revolucion dejára de hacer mencion de los rasgos de heroismo que han brillado frecuentemente en medio del horror i del desorden, i sino consignara en caractéres indelebles los elogios que son debidos á aquellos pechos esforzados que han sabido arrostrar la muerte con impavidez, i perder con ánimo sereno sus colosales fortunas en obsequio de la madre patria.

En el catálogo pues de los hombres ilustres debe ocupar un lugar distinguido el referido don Simon Saenz de Vergara, su esposa i su hija, consorte del actual consejero de hacienda, don Francisco Javier Manzanos. Aquel empezó á sufrir duras prisiones desde los primeros movimientos subversivos, vió confiscados todos sus bienes, i debió mas de una vez la salvacion de su vida á los recursos de su ingenio i al esfuerzo de su brazo: éstas fueron confinadas en un convento á fines de 1811; i descubierta su leal correspondencia con las tropas del Rei, pidió uno de los fiscales la pena de muerte, que no llegó sin embargo á efectuarse. Veremos en el año próximo á estas dos respetables señoras, i en particular á la esposa del señor Manzanos, armada de un heróico valor superior á su sexo, entregarse á los mayores peligros para sustraerse á la persecucion de sus enemigos, i entusiasmar con su noble ejemplo el ánimo del soldado en medio de una sangrienta batalla.

Engreidos los rebeldes con el efímero triunfo conseguido en Huaranda, miraron con el mas alto desprecio la amnistía general i las nuevas i porfiadas exhortaciones del presidente Molina i del gobierno de Lima para que desistiesen de su temeraria empresa i reconociesen al gobierno del Rei, dando sólidas garantías de que no recibirian la menor lesion aun los mas comprometidos. Continuando en su despechada carrera, se dirijieron ácia la provincia de Cuenca, en cuya ciudad se hallaba desde fines de enero dicho presidente Molina i el señor

Manzanos, ya entonces oidor de la Real Audiencia de Quito.

Era don Carlos Montufar el gefe de aquella expedicion, compuesta de mas de 20 hombres con todas las armas i pertrechos necesarios: animadas estas tropas de aquel valor que inspira el mismo ardor revolucionario, habian cruzado por caminos fragosos superando infinitos obstáculos, i se habian presentado ante las tropas del Rei con la mas ciega confianza. Al ver aquel aparato imponente i la decision de tan rabiosos republicanos, temieron los buenos realistas; pero vueltos de su primer estupor formaron con la mayor prontitud grandes reuniones de gentes armadas con toda clase de instrumentos hostiles; i apoyadas por el coronel Aymerich se presentaron contra el enemigo, quien viendo la desesperacion con que todas aquellas poblaciones se habian sublevado, se aterró, i se puso en retirada.

Desde este tiempo se restableció la calma en dicha ciudad de Cuenca, i en el mes de setiembre se abrió el tribunal de la Real Audiencia que entendia de todos los negocios que allí se remitian de los puntos libres del contagio insurreccional. Reunidos los habitantes de Quito con los disidentes de Popayan trataron de invadir la ciudad de Pasto. Se presenta delante de esta ciudad don Joaquin Caicedo al frente de sus tropas; los pastusos la defienden con el mayor heroismo dando terribles pruebas de decision i arrojo. Redoblan los sitiadores sus esfuerzos, i llega su gefe á penetrar en la poblacion. Viéndose aquellos habitantes reducidos al estremado apuro, ajustan una honrosa capitulacion; Caicedo sale para Quito dejando 500 hombres de guarnicion en aquella plaza; se ponen de acuerdo estos habitantes con los de Patía, i supliendo la falta de armas i municiones con el esfuerzo de su brazo i arrojo de su espíritu, se lanzan simultáneamente contra los quiteños, hacen un gran destrozo de ellos, i consiguen por último apoderarse de todos inclusive el mismo Caicedo, que ya á esta sazón habia vuelto de la capital, i el caudillo anglo-americano Mac-Aulai, quienes fueron pasados por las armas á principios del año 1813.